

Para orar en castellano. La apertura de la primera parroquia española de Nueva York: Nuestra Señora de Guadalupe

MIGUEL-ÁNGEL HERNÁNDEZ FUENTES

RESUMEN

En 1902 abrió sus puertas la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, un templo enclavado en el corazón de Manhattan que nació destinado a los católicos de lengua española que vivían en Nueva York. Con este artículo pretendemos comprender los motivos que condujeron a la apertura de una parroquia para los hispanoparlantes en medio de una ciudad que tenía el inglés como lengua común, y las razones por las cuales se pusieron al frente de la misma unos religiosos franceses.

Palabras clave: Iglesia católica, parroquia, religiosos, hispanoparlantes, Nueva York.

ABSTRACT

In 1902 the parish of Our Lady of Guadalupe opened its doors in the heart of Manhattan. The church was intended for the Spanish-speaking Catholics who lived in New York. With this article we try to understand the reasons that led to the opening of

Miguel-Ángel Hernández Fuentes es licenciado en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia de Salamanca y en Historia por la Universidad de Salamanca, donde obtuvo también su doctorado. Con una veintena de artículos y colaboraciones en obras colectivas, el autor desarrolla dos líneas de investigación centradas en la historia religiosa contemporánea y en la evolución histórica de la colonia hispanoparlante de Nueva York, ciudad en la que trabajó durante cuatro años.

Hernández Fuentes, M. A. "Para orar en castellano. La apertura de la primera parroquia española de Nueva York: Nuestra Señora de Guadalupe". *Camino Real*, 11:14. Alcalá de Henares: Instituto Franklin-UAH, 2019. Print.

Recibido: 14 de diciembre de 2018; 2ª versión: 09 de abril de 2019

a parish for Spanish speakers in the middle of a city that had English as first language and the reasons why some French religious were put in charge of it.

Keywords: Catholic Church, Parish, Religious Orders, Spanish speakers, New York.

El corresponsal de *ABC* en Nueva York, Miguel de Zárrega se congratulaba en 1927 de que por fin se había establecido una parroquia en Nueva York donde todos los servicios religiosos se ofrecerían en castellano y estaría atendida “por padres exclusivamente españoles” (Zárrega 3). En su reseña sobre la apertura de la Milagrosa, en Harlem, el autor hacía una crítica velada a la situación que había llevado a los agustinos de la Asunción a encargarse durante veinticinco años de la primera parroquia española que hubo en Nueva York, Nuestra Señora de Guadalupe, establecida en 1902 en la calle 14, y de la segunda, Our Lady of Esperanza, inaugurada en 1912 en la 156th Street. La procedencia francesa de estos religiosos era algo inusual en la pastoral lingüística norteamericana, pues se daba la paradoja de que los hispanoparlantes estaban atendidos pastoralmente por una congregación francesa cuyos integrantes no siempre se defendían en un correcto castellano.

Aunque no eran ajenos a la cultura hispana, pues algunos religiosos se habían formado en el Burgo de Osma y habían tenido una experiencia misionera en Chile, no todos los asuncionistas que llegaron a Manhattan disponían del bagaje lingüístico requerido por sus feligreses castellanohablantes. Los padres franceses fueron aceptados y respetados por su entrega y dedicación, pero también despertaron voces críticas en quienes deseaban disponer de sacerdotes autóctonos que tuvieran el español como lengua materna.

Con una metodología narrativa y atendiendo a las escasas fuentes disponibles, a lo largo de estas páginas vamos a presentar la apertura de Nuestra Señora de Guadalupe como la primera parroquia destinada a los católicos hispanohablantes de Nueva York dentro del conjunto de la organización eclesiástica norteamericana que hizo de la pastoral lingüística un modo peculiar y característico de apostolado en el Nuevo Mundo. Al mismo tiempo, mostraremos los vínculos que los agustinos de la Asunción tuvieron con España e Hispanoamérica y los motivos por los que estos religiosos asumieron el liderazgo sobre los católicos castellanohablantes de Manhattan.

1. LAS PARROQUIAS LINGÜÍSTICAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Envueltos en un país de cultura, lengua y religión tan diferentes a la propia, los inmigrantes recién llegados a los Estados Unidos crearon una cierta actitud defensiva

contra el estilo de vida que encontraban en sus nuevos destinos. Como medio de resistencia ante la cultura circundante y con el deseo de preservar la suya propia, las diversas comunidades lingüísticas agrupaban a sus componentes en sus puestos de trabajo, organizaban la educación de sus hijos, publicaban periódicos y creaban sus propios lugares de ocio y diversión. Con ello establecían unas redes asociativas y comunitarias con las que trasladaban a los Estados Unidos el ambiente y el contexto sociocultural del que procedían. Este esfuerzo les permitió “contrarrestar la influencia despersonalizante que encontraban en las grandes ciudades norteamericanas” (García de Cárdenas 9), pero dificultó su integración en el país de acogida.

Desde el punto de vista religioso, la vida en el Nuevo Mundo se convertía también en un reto para la conservación de la fe recibida en el viejo continente. Con el deseo de afrontar este desafío, diversos grupos de inmigrantes llevaron consigo a sacerdotes capaces de atenderlos en su propio idioma, exportando la estructura eclesial y social europea que implantaban en América. Este fenómeno se hizo especialmente notable entre irlandeses y alemanes que constituyeron el contingente migratorio más numeroso durante buena parte del ochocientos. Los primeros compartían con los norteamericanos su sentimiento independentista respecto de Inglaterra y, aunque hablaban la misma lengua, diferían en la confesión de fe. La fidelidad a Roma que profesaban los irlandeses generaba una cierta hostilidad entre la población anglosajona, que estaba muy marcada por el protestantismo, y dificultaba su proceso de integración en la sociedad norteamericana.

Los alemanes, por su parte, eran un grupo muy numeroso y compacto que vivía aferrado a su lengua y su cultura. Con el deseo de proteger su identidad, los inmigrantes teutónicos establecieron sus propias escuelas, iglesias, clubs e incluso periódicos. El crecimiento de sus hijos en un ambiente netamente germánico dificultaba el aprendizaje del inglés, por lo que la atención pastoral en alemán era una premisa necesaria para la conservación de la fe. Los germanoparlantes propusieron entonces la creación de parroquias nacionales donde pudiesen recibir la formación cristiana en su lengua materna. En ellas sería posible la confesión, la predicación y la catequesis en alemán para facilitar la práctica religiosa. La apertura de estas parroquias no era, por tanto, un derecho que los inmigrantes llevaban al Nuevo Mundo, sino una necesidad pastoral con que la Iglesia trataba de responder a las dificultades que algunos europeos tenían para asimilar la fe en un contexto anglosajón. Como ha señalado Javier García de Cárdenas (9), se trataba de una necesidad pastoral, no de un asunto jurídico y, aunque estas parroquias eran denominadas nacionales, realmente eran lingüísticas, pues el motivo de su existencia era el idioma y no la promoción de una identidad nacional.

La primera parroquia lingüística fundada en los Estados Unidos fue The Holy Trinity, establecida en Filadelfia en 1788 gracias a la iniciativa de unos inmigrantes alemanes asentados en esta ciudad. Tras ella se proyectó otra semejante en Baltimore, aunque su apertura trajo notables complicaciones (Fecher 57-87). Siguiendo la experiencia de ambas ciudades, se planteó la construcción de un templo semejante en Nueva York. El proceso comenzó en 1808 con una petición dirigida al obispo en la que sus firmantes subrayaban la necesidad que los alemanes tenían de celebrar sus cultos en una lengua comprensible. Sin embargo, esta solicitud no pudo ser satisfecha hasta 1833 gracias al padre Joseph Raffener (Shelley 2007: 67), cuya llegada a Nueva York permitió la creación de la primera parroquia lingüística de Manhattan que se puso bajo el patronazgo de St. Nicolas. Tras los alemanes, los francoparlantes pusieron en marcha la iglesia de St. Vincent of Paul en 1841 y los italianos establecieron la iglesia de St. Anthony en 1857, aunque su primera parroquia estable fue la de St. Anthony of Padua que abrió sus puertas en 1866. Los polacos fundaron St. Stanislaus's Church en 1873, los checos St. Cyril and Methodius en 1875 y los eslovacos St. Elizabeth of Hungary en 1891.

Entre estos grupos nacionales no existía ninguna iglesia dedicada a los hispanoparlantes católicos. Quienes hablaban español no constituían un grupo muy numeroso en Nueva York, aunque tampoco lo eran otros grupos lingüísticos que, sin embargo, sí lograron disponer de un templo propio. Los polacos no llegaban a dos mil cuatrocientos en 1870, los franceses apenas superaban los ocho mil y los italianos sumaban solo dos mil ochocientos (Walker 380-395), cifra similar a la de hispanoparlantes que también superaban los dos mil. La presencia de quienes oraban en español está acreditada en la ciudad desde sus orígenes y es bien conocida la aportación de la Corona española para la construcción del primer templo católico de la ciudad (Caamaño Fernández). Sin embargo, a finales del siglo XIX, los hispanoparlantes estaban dispersos por la ciudad, desunidos por la cuestión cubana y vinculados a diversas parroquias (Hernández Fuentes 2017: 223-224).

Entre todos los templos existentes en Nueva York, la parroquia de san Francisco Javier siempre tuvo a un religioso dedicado a la comunidad hispanoparlante desde su apertura en 1851 y, a partir de 1882, el padre Filippo Cardella se encargó de esta misión y proyectó la construcción de un templo destinado a los españoles e hispanoamericanos de la ciudad (Cardella). Sin embargo, sus esfuerzos fracasaron y el citado jesuita italiano nunca llegó a ver materializado su proyecto. Tras su muerte ocurrida en 1901, los asuncionistas tomaron el relevo y consiguieron abrir la primera parroquia nacional española titulada Nuestra Señora de Guadalupe. Sin embargo, a diferencia de otros

templos similares, los sacerdotes que se encargaron de esta iglesia no procedían de un país hispanoparlante, sino de Francia, algo que causaba cierta extrañeza.

2. UNA COMUNIDAD FRANCESA CON VÍNCULOS HISPANOS

Instalados en Nueva York a finales del siglo XIX, los agustinos de la Asunción formaban parte de una amplia nómina de religiosos franceses que abandonaron su país durante las últimas décadas del siglo XIX y se establecieron en España huyendo de una legislación muy restrictiva con la vida consagrada. Entre ellos figuraba un grupo de novicios procedentes de Nîmes y Sète (Francia) que, liderados por el padre Enmanuel Bailly, abandonaron su casa en 1880 y se establecieron en el antiguo convento de carmelitas de El Burgo de Osma al estar vacío desde la exclaustación de los regulares. Acogidos por el obispo diocesano, Pedro María Lagüera, esta primera comunidad francesa llegó a la localidad soriana el 25 de diciembre de 1880 y durante los diez años que estuvo allí el noviciado pasaron por ella un buen número de religiosos que aprendieron español.

En 1889 los asuncionistas establecieron otro noviciado en Turquía, en un ambiente cultural bien distinto que marcó los rumbos de la congregación. Quienes estudiaron en la península ibérica quedaron capacitados para ejercer el apostolado entre la población hispanoparlante, competencia más difícil de conseguir por aquellos religiosos que se formaron en la península de Anatolia y desconocían la lengua de Cervantes.

El mismo año en que los asuncionistas se establecían en Turquía, el arzobispo de Santiago de Chile, Mariano Casanova y Casanova, se entrevistó con el superior general de la congregación, el padre Picard, durante la peregrinación francesa a Lourdes del año 1889 (Rodrigo 373). El prelado chileno propuso al religioso francés el establecimiento de una comunidad de asuncionistas en su diócesis, oferta que fue aceptada y se materializó al año siguiente. De este modo, el 20 de septiembre de 1890, cinco sacerdotes y cinco novicios abandonaron la ciudad que les había acogido durante una década y, desde el puerto de Burdeos, se embarcaron en dirección a Chile. Se trataba de los padres Stéphane Chaboud, que había sido superior de Osma y asumía este mismo cargo para la comunidad chilena, Géry Delalleau, Marius Peyson, Adrien Buisson y Thomas Darbois.

Al mismo tiempo que los asuncionistas llegaban al cono sur, la congregación se abría camino en los Estados Unidos gracias a la invitación del arzobispo de Nueva York Michael Corrigan. En uno de sus viajes a Europa, este prelado pudo conocer la actividad caritativa desempeñada por las Hermanitas de la Asunción e inmediatamente

quiso contar con una comunidad en su diócesis. El superior general de los asuncionistas, François Picard, y el fundador de las hermanas, Etienne Pernet, respondieron afirmativamente a la petición de monseñor Corrigan, pero a condición de que las religiosas fueran acompañadas de un capellán perteneciente a su misma congregación. Tras discutir los detalles de esta fundación, las primeras hermanitas llegaron a Nueva York el 19 de abril de 1891 con el encargo de trabajar en un área de pobreza severa del bajo Manhattan, lo que hacía necesario un mayor número de efectivos. La comunidad fue incrementándose para responder a este desafío y, en agosto de 1892, ya estaba integrada por doce hermanas.

Estas primeras religiosas llegaron a Norteamérica junto al padre Henri Brun quien comenzó a residir en la iglesia de san Vicente de Paúl, por ser la única parroquia francesa de la ciudad (Périer-Muzet 27-28). Aunque había nacido en Francia, este religioso asuncionista dominaba el inglés, destreza que le capacitó para asumir otras tareas pastorales como confesor de cuatro comunidades religiosas. Convencido de las posibilidades que tenía la ciudad para desarrollar un intenso apostolado, el padre Brun propuso a sus superiores el establecimiento de una comunidad religiosa masculina, pero su muerte acaecida el 15 de enero de 1895 le impidió ver este sueño cumplido.

Tras su óbito, las religiosas asuncionistas escribieron al arzobispo pidiendo un capellán de su misma congregación, tal como se había establecido desde el principio, y el superior envió a tres religiosos que arribaron a Nueva York el 13 de octubre de 1895. A diferencia de su predecesor, los nuevos padres no hablaban inglés, pues pensaban que para atender a unas religiosas francesas no precisaban saber otra lengua que la propia. Sin embargo, pronto descubrieron que sin un conocimiento mínimo del inglés la subsistencia en Manhattan era muy difícil, por lo que inmediatamente se pusieron a estudiarlo. A estos padres se sumaron otros dos llegados en noviembre de ese mismo y del año siguiente.

Como el desconocimiento del idioma les dificultaba su actividad parroquial, en 1897 los asuncionistas pusieron en marcha un colegio denominado Saint Henry's Clerical School dedicado a la enseñanza de francés, latín e inglés, solicitando para esta última lengua la colaboración de dos religiosos maristas.

3. EL ENCARGO DEL APOSTOLADO CON LOS HISPANOPARLANTES

Gracias al contacto con los inmigrantes que la escuela les proporcionaba, los religiosos otearon otras posibilidades de trabajo, entre las que se encontraba la atención pastoral a los hispanoparlantes. La propuesta partió del padre John Edwards que ejercía como párroco de la Inmaculada Concepción y era miembro del Consejo de Consultores

y vicario general para las comunidades religiosas femeninas (Smith 596). Por este último cargo, Edwards mantuvo una estrecha relación con los asuncionistas, que ejercían como capellanes o confesores de religiosas, y les animó para que asumieran el apostolado con los hispanoparlantes o con los italianos, pues ambos colectivos estaban muy necesitados de atención pastoral. Siguiendo sus consejos, el 18 de septiembre de 1897, el superior de la comunidad, Venancio Besset, escribió al arzobispo Corrigan diciéndole que, dada la situación político religiosa de Francia, varios asuncionistas se verían obligados a abandonar su país y que algunos podrían asumir el trabajo apostólico con los españoles o los italianos de Nueva York e incluso con ambas comunidades lingüísticas (Moquin y Richards 34). El arzobispo respondió afirmativamente a este ofrecimiento, pero les pidió más información acerca del proyecto para poder presentarlo ante el Consejo Diocesano lo que se demoró unos años.

En octubre de 1900 los asuncionistas se vieron obligados a cerrar la escuela por falta de alumnos y, entonces, el deseo de asumir el apostolado con los hispanoparlantes se hizo más perentorio. Además, durante esos años, el padre Besset, que había frecuentado la Cancillería episcopal para enseñar francés al secretario del arzobispo, descubrió que algunos miembros de la Curia deseaban comenzar el apostolado entre los hispanos. Este era un nuevo camino abierto para los asuncionistas, quienes, si no conseguían definir su apostolado en Nueva York, corrían el riesgo de tener que marcharse por falta de medios de subsistencia.

En las crónicas de aquellos años apenas se cita al padre Filippo Cardella que era el sacerdote encargado de reunir a los hispanoparlantes en la parroquia de san Francisco Javier. No disponemos de documentos que vinculen a este jesuita con los asuncionistas, pero debió existir algún tipo de contacto. El padre Cardella temía que el apostolado con los españoles se derrumbara tras su muerte y, en algún momento, contactaría con los asuncionistas durante sus últimos años de vida. Fundamos la existencia de este contacto en las convocatorias que los asuncionistas hicieron para poner en marcha la parroquia, quienes afirmaban que el ejemplo del padre Cardella sería su “norma de conducta”¹.

En este contexto, algunos españoles acomodados que vivían en la ciudad y que sabían de las misiones que los asuncionistas tenían en Chile, preguntaron al padre Besset si estaban dispuestos a asumir el apostolado con los hispanoparlantes. Para su puesta en marcha necesitaban un templo y, para ello, el padre Venancio recorrió el área buscando un edificio apropiado. En su periplo por la ciudad, descubrió un local capaz de albergar a unas doscientas personas que se ubicaba en la calle 14, una de las principales arterias de la ciudad. Pertenecía a la señora Delmonico, una acaudalada mujer cuya familia regentaba un conocido restaurante neoyorquino. El inmueble se había puesto a la venta

por treinta mil dólares que podrían pagarse gracias a una hipoteca. Tras consultar a sus superiores, los asuncionistas propusieron al arzobispo Corrigan la compra de este solar con el propósito de levantar allí un templo para los hispanoparlantes. Su carta enviada el 17 de septiembre de 1901 fue respondida afirmativamente el 4 de octubre siguiente:

The Consultors were pleased to consider your proposition in regard to your Fathers to do work for the Spanish speaking people in this Diocese, and approve of your intended purchase of 229 West 14th Street to serve as a Church for Spanish speaking people, where you and your Fathers may preach in Spanish and administrate the sacraments to the Spanish speaking people².

Sin embargo, la compra de este local hubo de diferirse. La salud del padre Venancio había empeorado y el superior general de la congregación decidió enviar refuerzos tal como se lo hizo saber al arzobispo de Nueva York en una carta en fechada en diciembre del año 1901. El padre Ricard agradecía a monseñor Corrigan la confianza depositada en los religiosos para organizar el apostolado entre los hispanos y le comunicaba el envío de nuevos efectivos. Entre ellos se encontraba el padre Thomas Darbois, que sustituiría al padre Besset al frente de la comunidad neoyorquina:

Agradezco a vuestra excelencia el que haya tenido a bien encargar a nuestros religiosos la misión con los españoles. Yo me preocupo de enviar a Nueva York al padre Thomas Darbois que hace mucho tiempo ha ostentado el cargo de vigilar sobre nuestros religiosos y nuestras obras de Chile. Él conoce la lengua y las costumbres de los españoles. Me parece el mejor indicado de entre nuestros religiosos para una obra tan importante: es instruido, tiene experiencia de las misiones, ha sido superior de nuestras misiones de Chile, le nombro superior en Nueva York para permitir al padre Venancio Besset que se tome un poco de reposo tras la enfermedad que ha pasado³.

El nuevo superior era un sacerdote de origen irlandés, aunque había nacido en Francia en 1863 y recibido el hábito religioso en Osma. Entre 1890 y 1901 estuvo destinado en Chile, por lo que conocía bien la cultura hispana. Había obtenido el doctorado en Filosofía y en Teología y, además de su lengua materna, que era el francés, dominaba el inglés, el español y el italiano lo que le hacía especialmente apropiado para trabajar en una ciudad multicultural como Nueva York. Llegó el 31 de diciembre de 1901 junto al padre Isidoro Gayraud y el hermano Felipe Uceda. El primero era un sacerdote francés vinculado a la enseñanza, pero con escaso conocimiento del español, mientras que el segundo era un hermano lego natural de Berlanga, España, donde había nacido en 1864, y, tras pasar unos años en las misiones de Sudamérica, fue destinado a Nueva York.

Al comenzar el año 1902, la comunidad estaba compuesta por seis religiosos: los padres Thomas Darbois, que sustituía al padre Venancio Besset al frente de la comunidad, Fulgencio Moris, Homero Rochain, Isidoro Gayraud y el hermano Felipe Uceda. El nuevo superior marcó un ritmo mucho más ordenado a la comunidad en cuanto a los horarios y régimen de vida e impuso como primera tarea el aprendizaje del español y del inglés para todos aquellos que no lo hablaran con fluidez. Al ser naturales de Francia, algunos apenas conocían estas lenguas y, sin ellas, sería inviable el ministerio que aspiraban a desempeñar entre los hispanoparlantes de Nueva York.

4. LA APERTURA DEL PRIMER TEMPLO PARA ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS

Tras los ajustes oportunos en la vida interna de la comunidad, la tarea más urgente que se presentaba a los religiosos era la adquisición de un inmueble y su conversión en capilla, pues solo así podrían comenzar la actividad con los españoles. Con este propósito, el nuevo superior examinó las gestiones precedentes y, durante los primeros días del mes de enero de 1902, ordenó comprar la propiedad para la que habían obtenido el permiso de la Cancillería episcopal. Dicha operación supuso un desembolso de 27.000 dólares y fue comunicada al arzobispo mediante una carta enviada el 11 de enero. En ella, los religiosos invitaron al prelado a bendecir la nueva capilla cuando estuviese acondicionada⁴. Antes era preciso acometer una remodelación que permitiera convertir la vivienda en un sencillo oratorio con capacidad para doscientas personas. La intervención no era muy complicada, pues bastaba con eliminar los muros que separaban las habitaciones y crear un espacio diáfano que ocupase totalmente la planta baja.

Una vez concluidas las obras, la nueva capilla fue inaugurada solemnemente el 23 de febrero de 1902 bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Inicialmente pensaron ponerla bajo la protección del apóstol Santiago, patrón de España, pero finalmente fue consagrada con el título de la patrona de México que en ese momento atraía hacia sí las miradas de los pueblos hispanoamericanos⁵. Además, la implicación de la comunidad mexicana fue decisiva para su apertura. A la inauguración acudieron más de doscientas personas entre las que se encontraban los cónsules de México y de Francia, el párroco de san Bernardo, en cuyos límites territoriales se ubicaba la nueva capilla, el superior de los Hermanos del Santísimo (Moquin y Richards 52) y el vicario general de Nueva York, Joseph F. Mooney. Este último bendijo el templo en nombre

del arzobispo que se encontraba impedido a causa de un accidente. Monseñor Michael Corrigan había pedido retrasar la celebración, pero los religiosos respondieron que no era factible, pues las invitaciones estaban cursadas y algunos cónsules ya habían confirmado su asistencia. No obstante, el superior de la comunidad le decía al prelado que podía delegar en su vicario general, dejando para más adelante su visita y bendición del templo y de los feligreses⁶.

Con esta celebración se ponía en marcha la primera capilla nacional española, un proyecto que hundía sus raíces en el apostolado que los jesuitas habían ejercido en la parroquia de san Francisco Javier durante la segunda mitad del siglo XIX (Hernández Fuentes 2018: 141-150) y tenía su precedente más inmediato en la labor desarrollada por el padre Filippo Cardella desde su llegada a Manhattan en 1882. Sin embargo, la apertura de esta primera parroquia destinada a los hispanoparlantes de Nueva York no se ponía al cargo de los jesuitas, ni tampoco se encomendaba su atención a unos sacerdotes españoles, sino a una congregación francesa que apenas llevaba una década en la ciudad.



Religiosos junto a algunas damas de la parroquia ante el primitivo templo de Nuestra Señora de Guadalupe (1904). Fuente: Archives of the Assumptionists in North America.

La nutrida concurrencia de aquella celebración inaugural era solo un espejismo que ocultaba la realidad. Una vez comenzada la actividad regular, la presencia de españoles en la misa dominical era muy exigua. Según las fuentes internas de la congregación, cada uno de los religiosos que constituía la comunidad celebraba una misa dominical con la participación de unas veinticinco o treinta personas. Además, algunos de los feligreses que comenzaron a frecuentar el templo no eran hispanoparlantes, sino anglófonos, lo que provocaba el malestar de los párrocos vecinos que veían perder parte de su feligresía: “At some masses there were more English-speaking persons present than Hispanics, and this soon irritated pastors of nearby churches who felt that their programs were being threatened” (Périer-Muzet). Este puñado de fieles solo dejaba unos veinte dólares de colecta semanal, cantidad totalmente insuficiente para el mantenimiento del edificio y el sostenimiento de los religiosos (Moquin y Richards 52). Por ello, los sacerdotes debían colaborar en otras actividades que les permitiesen su manutención, ejerciendo como confesores de monjas y capellanes en diversas instituciones y asumiendo otros ministerios entre las congregaciones que se instalaron por aquellos esos años en la ciudad (Cohalan 193-194).



Interior de la primitiva iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe (1906). Fuente: Archives of the Assumptionists in North America.

5. LA DELIMITACIÓN DE SU FELIGRESÍA

A pesar de sus esfuerzos y de la ilusión depositada por los sacerdotes franceses en la capilla española e hispanoamericana, los asuncionistas encontraron notables dificultades para convocar a un grupo suficiente de fieles que les permitiera sostener una actividad regular. El sueño de trabajar apostólicamente con los hispanos comenzaba a convertirse en una tarea bastante difícil de acometer. Entre las clases populares eran pocos los que acudían a misa y quienes lo hacían eran mayoritariamente mujeres. De ello se quejaban los propios asuncionistas que veían a los españoles del área muy preocupados de sus negocios, pero indiferentes ante la fe: “Plagada de tiendas, restaurantes, pensiones, esa calle tiene solo un trasiego de personas inestables que no toman ningún interés en la iglesia, sino tan solo en sus negocios temporales”⁷. En esto coincidían con la valoración hecha por la *Guía de Nueva York* tres décadas antes: “Verdad es que los españoles y sus hijos no brillan por su religiosidad a pesar de sus antiguas pretensiones al título de católicos por excelencia” (A.B.M. 62).

Las familias españolas más acomodadas, que había sido el grupo más significativo entre la colonia hispanoparlante católica, no sintonizaban con unos asuncionistas de origen francés a quienes juzgaban poco capacitados para atenderlos y acudían a otras parroquias más acordes con su posición económica: “Las familias ricas no acuden a nosotros y tan solo accidentalmente mantenemos relación con ellas”⁸. Tampoco el templo erigido reunía las condiciones adecuadas, pues era pequeño, poco confortable y escasamente decorado. Además, quienes habían escuchado predicar a los padres Fulgence Moris e Isidore Gayraud se quejaban del pésimo español empleado en sus sermones. Ante estas deficiencias, el superior de los asuncionistas insistía a la congregación que quienes aspirasen a ejercer su ministerio en Nueva York debían estudiar no solo inglés, sino también español hasta hablarlo con total corrección.

La respuesta de la comunidad hispana fue por tanto muy escasa en sus inicios, aunque crecía la participación de los católicos de origen irlandés que poblaban el área y siempre encontraban en la iglesia de Guadalupe a un confesor o sacerdote de guardia capaz de atenderles. Esa presencia de irlandeses condujo a los asuncionistas a solicitar al arzobispo su permiso para predicar en inglés y acoger a todos los fieles que acudiesen al templo. Desde la Cancillería se les prohibió explícitamente este propósito, pues Nuestra Señora de Guadalupe se había establecido como una parroquia lingüística y debía evitarse cualquier conflicto con las parroquias territoriales vecinas: san Francisco Javier, san Bernardo e incluso St. Joseph en Greenwich Village. Precisamente, los responsables de las dos primeras parroquias manifestaron reiteradamente sus quejas a la Cancillería y a sus feligreses, señalando que solo los hispanoparlantes podían acudir a la

iglesia de Guadalupe. Sin embargo, los españoles no estaban muy habituados a sostener el culto parroquial, ni a colaborar con los gastos de mantenimiento de la actividad apostólica, por ello, el arzobispo Farley trató de tranquilizar a los religiosos diciéndoles que no se preocuparan, pues los irlandeses frecuentarían la iglesia y colaborarían en su sostenimiento.

El prelado tenía una larga experiencia en el trato con los diversos grupos lingüísticos establecidos en la archidiócesis y sabía que los irlandeses eran más generosos que los españoles en el sostenimiento de la Iglesia, por ello, monseñor Farley les dijo que no convocaran a los angloparlantes, pero que acogiesen a quienes se acercaran por iniciativa propia. De este modo los párrocos vecinos no podrían acusarlos de robar a sus feligreses (Shelley 2003: 140-141). Siguiendo esta propuesta, los asuncionistas organizaron una serie de actividades destinadas a los fieles españoles y otras a los americanos: “Nosotros tenemos dos categorías de fieles, escribía el padre Stéphane Chabaud en 1912, los de lengua española que son nuestros parroquianos y los de lengua inglesa que hacen sus devociones aquí, participan en la misa y acuden a nosotros para confesarse”⁹.

Las previsiones del arzobispo se cumplieron respecto a la participación de los irlandeses y a su contribución con el templo, pero no en cuanto a las quejas de los párrocos vecinos a quienes no les gustaba ver a sus feligreses participando en la parroquia española. Estas comenzaron poco tiempo después de abierta la capilla y se prolongaron durante décadas¹⁰.

6. EVOLUCIÓN POSTERIOR

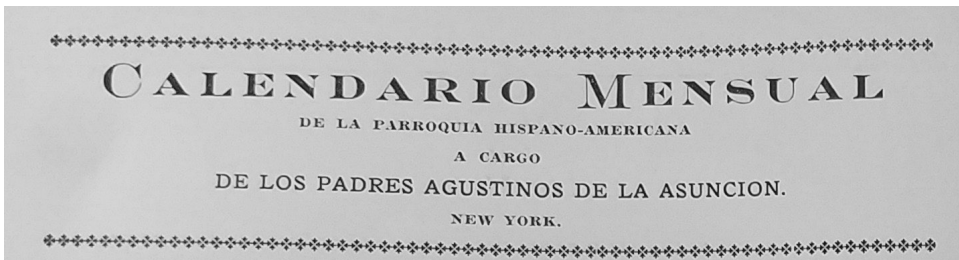
Tras un año de actividad, los asuncionistas descubrieron que la zona elegida no era la mejor para establecer una parroquia destinada a los hispanoparlantes y así se lo comunicaron al arzobispo:

After one year of experience, we are convinced that the spot for the Spanish parish cannot remain in Fourteenth Street. Overrun with stores, restaurants, boarding houses, that street has only a changing, unsteady people, who do not take any interest in the Church but in their momentary trade. Therefore the Spaniards living thereto have not been deeply attached to their own church¹¹.

Los asuncionistas pensaban que la parroquia debía mudarse *Uptown*, donde vivía la mayor parte de los españoles que habían establecido su residencia de modo permanente en la ciudad, estabilidad que les hacía más propicios para colaborar con la Iglesia. Además, estos religiosos necesitaban ubicar el templo más cerca de sus viviendas y

evitar con ello el largo recorrido existente entre el West Side, donde vivían, y la calle 14, donde se ubicó la parroquia¹².

La archidiócesis rechazó esta solicitud y propuso a los asuncionistas que hicieran algunas mejoras en el templo, pues era una capilla excesivamente pequeña y pobre. La misión de los religiosos consistió entonces en promocionar la parroquia entre los hispanoparlantes y a ello contribuyeron la edición del *Mensajero Semanal*, una publicación informativa sobre las actividades parroquiales que distribuían por toda la ciudad y los anuncios impresos en la prensa neoyorquina en español.



Cabecera del *Calendario Mensual*, boletín parroquial editado por la parroquia para difundir sus actividades por la ciudad. Fuente: Archives of the Assumptionists in North America.

TEMPLO
DE
Nuestra Señora de Guadalupe
Iglesia Parroquial para los Católicos
de Lengua Española.
229 OESTE, CALLE 14
HORAS DE LOS OFICIOS:
En la semana: Misas a las 7 y a las
9 de la mañana. En la noche, a las
8, rezo del Rosario y visita al Santí-
simo Sacramento. Bendición con la
Majestad en los días hábiles.
Los domingos: Misas rezadas a las
7, 8, 9, 10 y 11 de la mañana.
Misas y sermón especial a las 11.

Publicidad de la parroquia inserta en *Las Novedades*, uno de los periódicos más importantes de los que se editaron en español en Nueva York (1914). Fuente: New York Public Library.

Gracias a esta publicidad, a la presencia permanente de los religiosos en el templo y a la promoción de diversas actividades sociocaritativas, la feligresía fue incrementándose progresivamente. Este crecimiento corrió paralelo al aumento de la emigración española e hispanoamericana durante las primeras décadas del siglo XX que pasó de nueve mil inmigrantes en 1900 a más de veintidós mil en 1910. Este crecimiento contribuyó a dar estabilidad a la parroquia que hubo de ampliarse y embellecerse mediante unas obras ejecutadas entre 1921 y 1927. Aquella intervención dotó al edificio de una fachada inspirada en el renacimiento español y de un interior más elegante y cuidado.



Interior del templo tras la renovación ejecutada en los años veinte. Fuente: Archives of the Assumptionists in North America.

Por aquellos años, la parroquia ya se había convertido en un lugar de referencia para la colonia española de Nueva York y se mantuvo muy activa hasta los cambios operados en la composición demográfica de la ciudad y la apertura de otras parroquias dedicadas a los hispanoparlantes. Quienes hablaban español se convirtieron en uno de los colectivos demográficos más numerosos que ocuparon progresivamente diversas áreas

de la metrópoli. Sin embargo, en el año 2003 el templo español de Guadalupe se cerró y se fusionó con la cercana parroquia de san Bernardo que pasó a denominarse the Church of Our Lady of Guadalupe and St. Bernard. La marcha de los asuncionistas y la unión de ambas feligresías pusieron fin a una época cuyo inicio hemos tratado de presentar en estas páginas.

CONCLUSIÓN

Aunque con cierto retraso respecto a otros templos similares debido al escaso tamaño de la colonia hispanoparlante de Nueva York, la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe fue inaugurada en 1902 y destinada a los españoles e hispanoamericanos de la ciudad. Nació enmarcada en la pastoral lingüística norteamericana con la que se pretendía atender a las diversas comunidades de inmigrantes en sus lenguas maternas. La falta de sacerdotes españoles y la presencia en la ciudad de unos religiosos franceses que precisaban definir su apostolado hicieron que los asuncionistas se pusieran al frente de esta parroquia, provocando la paradoja de que un templo destinado a los hispanoparlantes fuera atendido por unos religiosos franceses. La formación que algunos asuncionistas habían recibido en el noviciado de Osma y su actividad como misioneros en Chile les capacitaron para asumir este ministerio, aunque no siempre contaron con el personal adecuado para atender a una feligresía que hablaba español. No obstante, a pesar de las dificultades que tuvieron para convocar a los fieles castellanohablantes, la parroquia fue abriéndose camino poco a poco en la ciudad y se convirtió en un punto de referencia para la comunidad católica hispanoparlante de Manhattan.

REFERENCIAS

- A.B.M. *Guía de la ciudad de Nueva York*. Nueva York: Néstor Ponce de León, 1872. Print.
- Caamaño Fernández, R. *La Iglesia en los Estados Unidos en el siglo XVIII. Ayuda de España al desarrollo del catolicismo en Norteamérica*. Tesis doctoral. Universidad de Navarra, 1980. Print.
- Cardella, F. *Iglesia católica española e hispanoamericana en Nueva York*. Nueva York: Imprenta de “Las Novedades”, 1884. Print.
- Cohalan, F. D. *A Popular History of the Archdiocese of New York*. Yonkers: United States Catholic Historical Society, 1999. Print.
- Fecher, V. J. *A Study of the Movement for German National Parishes in Philadelphia and Baltimore (1787-1802)*. Roma: Universidad Gregoriana, 1955. Print.

- García de Cárdenas, J. *Las parroquias personales (lingüísticas) en la pastoral de la inmigración en los Estados Unidos durante el siglo XIX*. Roma: Ateneo Romano de la Santa Cruz, 1991. Print.
- Hernández Fuentes, M. A. “Españoles y católicos en Manhattan a mediados del siglo XIX”. *North America and Spain: transversal perspectives*. J. Cañero. Ed. Nueva York: Ecribana books, 2017. Print.
- . “Los jesuitas de *St. Francis Xavier’s Church* y su actividad con los hispanoparlantes de Nueva York (1851-1880)”. *Transatlantic gazes: studies on the Historical links between Spain and North America*. C. Aguasaco. Ed. Alcalá de Henares: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá de Henares, 2018. Print.
- Moquin, H. and R. Richards. *Assumptionists in the United States*. Worcester, Mass.: Assumption Communications, 1994. Web. 15 octubre 2018.
- Périer-Muzet, J. C. *Foreign Assumptionists in North America, 1850-2000*. Brighton, Mass. 2006. Web. 10 octubre 2018.
- Rodrigo, J. “Apóstol y mártir. El reverendísimo padre Francisco Picard”. *La Ciudad de Dios* 61 (1903): 373-382. Print.
- Shelley, T. J. *Greenwich Village Catholic. St. Joseph’s Church and the Evolution of an Urban Faith Community, 1829-2002*. Washington, D.C.: The Catholic University of America Press, 2003. Print.
- . *The Archdiocese of New York*. Estrasburgo: Éditions du Signe, 2007. Print.
- Smith, J. T. *The Catholic Church in New York: A History of the New York Diocese from Its Establishment in 1808 to the Present Times*. New York: Cossimo Classic, 2008. Print.
- Walker, F. A. Dir. *The Statistics of The United States. Ninth Census-Volume I*. Washington: Government Printing Office, 1872. Print.
- Zárraga, Miguel. “ABC en Nueva York. Una iglesia española”. *ABC* 11 enero 1927: 3. Print.

NOTAS

- ¹ Carta del padre Thomas Darbois para la inauguración de la nueva parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, Nueva York, 20 de febrero de 1902, *Our Lady of Guadalupe*. Golden Jubilee, 1902-1952.
- ² Carta del arzobispo Michael A. Corrigan al padre Venance Besset, Nueva York, 4 de octubre de 1901, Archives of the Archdiocese of New York (en adelante AANY). Archbishop Michael Corrigan Collection, 004, G-16.
- ³ Carta del padre François Picard al arzobispo de Nueva York, Lovaina, 18 de diciembre de 1901, AANY, Archbishop Michael Corrigan Collection, 004, G-32.
- ⁴ Carta del padre Thomas Darbois al arzobispo de Nueva York, Nueva York, 11 de enero de 1902, AANY. Archbishop Michael Corrigan Collection, 004, G-18.

⁵ En 1902 la Virgen de Guadalupe ejercía el patronazgo sobre la nación Mexicana en virtud del Breve *Non est equidem* de Benedicto XIV, fechado en 1754. No sería hasta el año 1910, cuando esta advocación extendió su protección sobre toda América Latina en respuesta a la solicitud del Concilio Plenario Latinoamericano celebrado diez años antes. Por tanto, cuando el templo fue erigido el patronazgo lo ejercía solo en México, pero su extensión a todos los hispanoamericanos era un deseo común.

⁶ Carta del padre Thomas Darbois al arzobispo de Nueva York, Nueva York, 21 de febrero de 1902, AANY. Archbishop Michael Corrigan Collection, 004, G-18.

⁷ Carta del padre Thomas Darbois al arzobispo de Nueva York, New York, 1903, AANY. Archbishop Michael Corrigan Collection, 004, G-18.

⁸ Ibidem.

⁹ Stéphane CHABOUD, *Rapport sur la paroisse hispano-américaine de New York*, septiembre 1912, Archives of the Assumptionists in North America (en adelante AANA), p. 2.

¹⁰ Carta del rector de San Francisco Xavier a monseñor John J. Dunn, Nueva York, 30 de enero de 1926, AANA.

¹¹ Carta del padre Thomas Darbois al arzobispo de Nueva York, Nueva York, 1903, AANY. Archbishop Michael Corrigan Collection, 004, G-18.

¹² Carta del padre Thomas Darbois al arzobispo de Nueva York, Nueva York, 29 de septiembre de 1905, AANA.